

NAVEGACIÓN NUMISMÁTICA

Javier YUSTE GONZÁLEZ



ÚN estaba inmerso en la vorágine que surgió a mi alrededor tras la recepción del ejemplar de julio de 2007 de la REVISTA GENERAL DE MARINA, el cual recoge mi primer artículo: *En el mar de la notafilia*. En esas curiosas situaciones en las que uno se mete, al dar la noticia y recibir las felicitaciones de familiares y amigos, de propios y extraños, fue cuando me vino a la memoria un comentario despectivo que me hizo, hace ya mucho tiempo, un individuo de cuyo nombre ni me acuerdo acerca de mi afición por coleccionar billetes de banco. En resumidas cuentas, me dijo que nunca un trozo de papel como aquéllos le haría sentir la fuerza viva de la Historia en su mano como lo hacía una moneda de los últimos tiempos del Imperio romano. Creo que empleó un caso extremo, ya que la creación del billete es relativamente novedosa, pero no creo que te impida sentir vidas pasadas ni emociones contenidas en su forma rectangular (o cuadrangular, según sea el ejemplar).

A pesar de que, en ese primer momento, tal comentario me entró por un oído y me salió por el otro, ha vuelto. Aunque sea algo extraño en mí, no me ha desanimado para nada. Es más, esas palabras han hinchado las velas de mi inspiración y han conseguido que me ponga manos a la obra con este artículo y, así, cumplir esa promesa que hice: escribir un trabajo dedicado a la numismática. Gracias a esto he vuelto a abrir, en la oscuridad, ese pequeño baúl donde están atesoradas mis monedas, al tiempo que se hace realidad mi deseo de colaborar activamente con la REVISTA. Pero esta vez no voy a seguir el esquema que me impuse con el anterior artículo. No quiero hablar de la historia de la moneda (mucho más extensa que la del billete de banco), sino de la historia (no sólo oculta en su leyenda) que encierran unas piezas que son mis favoritas (son todas las que están, pero no están todas las que son) y que, alguna que otra, parecen no tener mucho que ver con el mar en una primera impresión; pero esto no es verdad.

Aunque mis esfuerzos económicos y gustos actuales se dirigen a la notafilia, la numismática ocupó un gran interés en mi afición (tras varios años, aún supera en varios centenares de unidades a la de billetes). Y es que durante mis

primeros años en el mundo del coleccionismo llegó a ser mi único objetivo, gracias al cual me dejaba arrastrar a mercadillos, tiendas de antigüedades y de numismática, además de a algún que otro puntual intercambio, en los cuales, ahora que hago retrospectiva, me tomaron el pelo en una inmensa cantidad de ocasiones. Supongo que fui víctima de tales situaciones al ser un niño que quería introducirse dentro de un mundo desconocido, el cual, aun pasados unos cuantos años, no percibo en toda su dimensión. Es tan inmenso y profundo como el océano.

He de confesar que, respecto a las monedas, nunca fui tan quisquilloso como lo soy con el billete de banco. Con este último siempre ando buscando una calidad de «Sin Circular» (SC), que significa que son nuevos, no están doblados y han pasado tan sólo por las manos de un par de personas como mucho (seguramente enguantadas para no transmitir la grasilla que desprenden los dedos). Con el paso del tiempo aprendí el valor de los tipos de calidad. Sin embargo, con esas curiosas piezas metálicas esto no me importaba tanto (tampoco estaba especializado en ninguna temática en particular, razón por la cual me sorprende que mis monedas favoritas estén relacionadas con el medio al que amamos). Es más, era algo que me gustaba, ya que siempre me hacía la pregunta de quiénes habrían sido sus anteriores poseedores, cómo se llamaban, qué habría sido de ellos... Como bien dijo una amiga mía: «es como recuperar un pedazo de sus vidas».

Aunque las piezas que aparecen en este artículo nos llevan a la época de los emperadores romanos, en las siguientes líneas procuraré coger firmemente la caña del timón y llevar a todos los lectores a una importante batalla naval o al otro lado del mundo. Eso depende de ustedes y de que les interese embarcarse conmigo.

Una moneda en una batalla naval

Si la memoria no me falla, esta moneda de una peseta la encontró mi hermana gracias a sus grandes dotes de «sabueso», en aquellos tiempos en los que, de niño, yo y toda mi familia íbamos a la Plaza Nueva de Bilbao en una especie de excursión de domingo. La verdad es que era tan joven e inexperto que me era imposible evitar la emoción que suele nublar la mente del recién iniciado y acabar por no ver casi nada en la inmensidad de puestos numismáticos que había (y que seguirá habiendo, supongo) bajo los soportales de aquella joya arquitectónica decimonónica. Aunque la pieza es bastante fácil de encontrar en la capital vizcaína (se llegaba a vender hasta enmarcada con la de dos pesetas, junto con un *lauburu* —símbolo tradicional vasco representativo del sol— y una hoja de roble), su precio nunca ha sido bajo y ahora lamento no haberme hecho con la de dos pesetas. A saber cuánto valdrá ahora.



Monedas de una peseta.

Seguro que al lector, una vez ojeada esta pieza fabricada en níquel, no le viene a la mente ninguna imagen marítima ni nada por el estilo (en el anverso, entre la leyenda «Gobierno de Euzkadi», tenemos el perfil derecho de una mujer con un gorro frigio, y en su reverso, «1 peseta 1937» rodeada de un círculo formado por flores); pero en realidad no sabe qué equivocado está. Su historia me fue totalmente desconocida hasta el año 2002, a pesar de vivir a tan sólo unas millas del lugar clave y ver tantas veces la luz del faro del cabo Matxitxako.

La situación económica durante la Guerra Civil española obligó a distintas regiones, poblaciones e, incluso, municipios del bando republicano a acuñar monedas para sufragar los gastos derivados de la guerra y las necesidades básicas de los ciudadanos. En esta situación, y aunque el Consejo de Asturias y León tenía su ceca (lugar donde se fabrican monedas) en Gernika, el Gobierno de Euzkadi (o de la República de Vizcaya) la estableció en Bélgica, seguramente por necesitar un mayor volumen de producción. El inconveniente era que las monedas tenían que ser traídas del exterior y por mar.

La moneda de una peseta que atesoro en mi colección fue embarcada, con los demás millones que se acuñaron, en la bodega de carga del correo *Galda - mes*, un vapor que permaneció más de dos meses en el puerto francés de Bayona esperando a su escolta, la cual estaba formada por tres buques, modificados para la guerra, de la factoría bacaladera Pysbe, rebautizados como *Gipuzkoa*, *Nabarra* y *Vizcaya* (antes conocidos como *Mistral*, *Vendaval* y *Euzkal Erria*, respectivamente) y por el *Donosti* (bou armado franquista capturado, anteriormente conocido bajo el nombre de *Virgen del Carmen*). Su



operación de escolta era el servicio número 33 y estarían auxiliados por el destructor *José Luís Díez*.

Los cuatro bous partieron del puerto de Portugalete el 4 de marzo de 1937 con la demanda de cumplir una operación altamente secreta, la cual formaba parte de las labores de vigilancia del litoral y de escolta de la Marina Auxiliar de Euskadi (creada por la Consejería de Defensa del Gobierno vasco para ayudar a la Armada republicana en la protección del tráfico marítimo durante la Guerra Civil y la cual se nutría del recién creado Voluntariado del Mar). Como hicieron en otras tantas misiones, los cuatro buques esperarían al *Galdames* a una hora concreta y en un punto determinado sobre la carta náutica del Cantábrico, produciéndose el contacto hacia las 2100, a unas cinco millas al oeste de Bayona y con unas condiciones de marejada (que ganaría fuerza horas más tarde), lluvia y granizo. Quizá esto fue un presagio de la tormenta que se desataría a la mañana siguiente.

Debido a que el servicio tenía que hacerse con las luces de posición apagadas y con los equipos de radiotelegrafía en silencio, el *Bizkaya* (capitán de la Marina Mercante don Alejo Bilbao) y el *Gipuzkoa* (capitán de la Marina Mercante don Manuel Galdós) perdieron el contacto con el resto del convoy en medio de la noche.

Amaneció el día 5 de marzo de 1937 con un cielo encapotado y fuerte marejada. Los tripulantes del *Bizkaya* y del *Guipúzcoa* continuaban rastreando las aguas por separado para obtener contacto visual con el convoy y regresar a la formación (el primero tenía la proa puesta dirección este, retomando los pasos dados, y el segundo iría desde cabo Villano hasta Santoña). Sin embargo, tras dejarlo por imposible y poner rumbo a Bilbao, lo que encontraron a una veinte millas del Abra fue lo último que desearían: el crucero *Canarias*, el mayor buque de la Armada nacional, que había interceptado la ruta secreta de la escolta republicana en el Cantábrico, iniciándose así la más importante batalla naval de la Guerra Civil en el norte, la cual propició el avance franquista por este mar.

Mientras el *Bizkaya* lograba protegerse en el puerto de Bermeo, tras liberar heroicamente al mercante estoniano *Yorkbrook*, apresado por el crucero *Canarias* antes de la batalla, el *Guipúzcoa*, a las 1335, y tras una intensa persecución, se enfrentaba directamente al buque insignia sufriendo daños e incendios graves al ser alcanzado el puente de mando. Con decenas de heridos, el *Gipuzkoa* se salvó gracias a que la marejada impedía un blanco fácil y las baterías de defensa de costa, sitas en punta Galea y punta Lucero, empezaron a abrir fuego de cobertura, permitiendo al buque huir a alta mar, rumbo a Bilbao, aunque el *Canarias* le siguió aguas durante un tiempo hasta que sus oficiales se dieron cuenta de que la presa importante se escapaba en otra dirección. Con estas acciones bélicas, los comandantes del *Bizkaya* y del *Gipuzkoa* trataron de ganar tiempo para el resto del convoy, a pesar del nulo socorro por parte del destructor *José Luís Díez*, el cual acabó desertando a Burdeos.

Tras esto, el *Nabarra* fue quien se las vio con el *Canarias*. Al quedarse sin gobierno, fue presa fácil para las baterías enemigas. Haciendo caso omiso de las señales emitidas desde el *Canarias* solicitando su rendición, la tripulación decidió morir luchando. La mitad de la tripulación, entre los que se contaba su comandante, don Enrique Moreno, y el primer oficial, don Ambrosio Sarasola, no abandonaron el buque a pesar de que estaba perdido, siendo abrazados mortalmente por las frías aguas cantábricas (su pecio aún no ha sido hallado). Los supervivientes fueron capturados y sometidos a consejo de guerra, aunque fueron indultados de sus penas de muerte un año después gracias a la intercesión personal del comandante y del director de tiro del *Canarias*, capitán de navío don Salvador Moreno y capitán de corbeta don Manuel Calderón (nacido en Deba, el cual llegó al puesto de ayudante naval del general Franco), y a que alcanzaron un gran renombre entre las tripulaciones de los buques de guerra de ambos bandos. No creo que me equivoque al pensar que no hay mayor honor en la guerra que ganarte el respeto de tu enemigo.

La batalla se saldó con las siguientes bajas: un muerto en el *Canarias*, veintinueve en el *Nabarra*, cinco en el *Gipuzkoa* y cinco pasajeros en el *Galdames*.

El pasado día 5 de marzo de 2007 se cumplieron 70 años de este hecho bélico y el Gobierno vasco realizó un homenaje, algo que se recogió en el número de junio de nuestra REVISTA, en la sección *Cultura Naval*, en la página 943 del tomo 252.

En «La Taberna de los Mares»

La manera en la que entró esta pieza en mi colección corre paralela a la del «British Trade Dollar» que veremos en el siguiente apartado. Mismas circunstancias y mismo lugar, aunque tuve que hacerle una lavadita de cara, ya que tenía unas cuantas manchas negras de procedencia y composición que prefiero no molestarme en conocer.

Sin duda, ésta es la pieza que, a simple vista, demuestra sin tapujos su vinculación con el mundo de la mar y la navegación. En su anverso tenemos la cabeza del rey Jorge VI con la leyenda *Georgivs Sextus Rex*, y en su reverso tenemos, por la aleta de babor, un barco de tres mástiles del siglo XVII navegando hacia una costa montañosa, seguramente Table Mountain (es ciertamente muy parecido al reverso del billete de 10 *rands* que incluí en el artículo ya referenciado «En el mar de la notafilia», aunque aquí sólo se ve un barco), que se divisa al fondo, entre la leyenda «Suid Afrika-1652-1952-South Africa 5s».

Con esta moneda de cinco *shillings* de plata se quiere conmemorar el trigésimo aniversario del inicio de la historia de Sudáfrica. El día 6 de abril de 1652 fue cuando el administrador colonial holandés de la Compañía de las Indias Orientales Neerlandesas, Johan Anthoniszoon «Jan» Van Riebeeck (Culemborg, 21 de abril de 1619-Batavia, 18 de enero de 1677), estableció un puesto de avituallamiento en el cabo de Buena Esperanza (siendo su comandante entre 1652 y 1662), en lo que hoy día es Ciudad del Cabo, tras partir en



1651 con tal encomienda en una formación de cinco barcos llamados *Reijer*, *Dromedaris*, *Goede Hoop*, *Oliphant* y *Walvisch*. Su tarea fundamental en aquel estratégico punto era crear un punto de comercialización de hortalizas para proveer de alimentos frescos a los barcos mercantes con rumbo a las Indias Orientales y, también, a los que regresaban a Europa, y así evitar el escorbuto. Aquella pequeña colonia no tardó mucho en ser conocida por todos los marineros como «La Taberna de los Mares».



Van Riebeeck es, sin duda, la personificación del hombre inquieto dentro de un mundo que comienza a despertarse y a alejarse de las sombras medievales. Culto y con alma viajera, ejerció de cirujano asistente de la Compañía de las Indias Orientales en Batavia y visitó el sudeste asiático y Japón, además de descubrir y dar la noticia del primer cometa visto en Sudáfrica el mismo año de su llegada a esas costas (C/1652 Y1).

La influencia holandesa fue expandiéndose por la zona hasta que estallaron las guerras de fronteras del Cabo contra los nativos Xhosa en el río Fish. Sin embargo, poco más de un siglo después, tras la cuarta guerra anglo-holandesa, Gran Bretaña se hizo con la zona del Cabo, anexionando la colonia en 1805. Éste siempre fue un territorio sujeto a tensiones y a choques entre blancos, negros y mestizos, hasta el fin del *Apartheid* a finales del siglo xx.

Una colonia británica en la China

Esta moneda es fruto de un flechazo. La más bonita de mi colección, con un diseño único. Se la compré a un coleccionista madrileño de turismo en Pontevedra y que se trajo unas cuantas piezas para venderlas en la plaza de la Verdura mientras su mujer asistía al oficio dominical en la cercana iglesia de San Bartolomé. Es una moneda que irradia algo especial y que seguro pasó por las manos de un Corto Maltés de carne y hueso en sus estancias en Hong Kong.

La expansión comercial británica por Asia, sobre todo después de establecerse el Imperio en Singapur y en Hong Kong, provocó que se impusiera el dólar de plata (*British Trade Silver Dollar*) en un mercado saturado de monedas de plata extranjeras (las cuales circulaban desde el siglo xvi). Fue el resul-



tado directo de las Guerras del Opio (1839-1843 y 1856-1860), en las que perdió China, obligándose a la apertura de una gran cantidad de puertos costeros para las mercaderías británicas y la cesión de Hong Kong durante 150 años, además de permitir la entrada en el juego comercial a Francia, Alemania, Estados Unidos de América y Japón. En este estado de cosas, el comercio floreció y se establecieron numerosos bancos europeos y americanos y, con ellos, las monedas de plata nacionales, usándose los *Silver Trade Dollars* en China como un medio de cambio totalmente aceptado.

Los *British Trade Dollars*, acuñados en exclusiva para el Lejano Oriente, muestran a Britannia (representación de las islas británicas que toma la denominación latina, renovada en los tiempos de la reina Victoria), adoptando la figura de una mujer joven de pelo dorado o castaño que porta un casco corintio, el tridente de Poseidón (representativo del poder naval británico) y un escudo hoplita con la Union Jack, en un muelle con un buque mercante en el fondo. En el reverso tenemos un diseño arabesco con el símbolo chino de la longevidad en el centro y su denominación en chino y en malayo.

Estas monedas fueron acuñadas desde 1895 hasta 1935, quedando fuera de circulación el 1 de agosto de 1937. En el caso de la moneda que aparece en este artículo, es de 1902 y posee la marca «B» en la punta central del tridente de Poseidón que porta Britannia, lo cual significa que su ceca estaba en Bombay.

Hacia el final de este viaje

Llegados a este punto, uno tiene la tentación de asomarse al coronamiento y ver la estela que va dejando tras de sí. Es entonces cuando siento algo de amargura por el hecho de no haber seguido en aguas de España con otras

monedas, o no haberme dejado llevar hacia tierras más lejanas, como Nueva Zelanda, a bordo del *Endeavour*, por ejemplo; pero ningún viaje es en balde, ya que si uno no se arriesga a cruzar el mar nunca sabrá lo que le aguarda en la otra orilla. Esto mismo pasa con este artículo. Si me veo con fuerzas en un futuro, puede que vuelva a surcar aguas numismáticas.



BIBLIOGRAFÍA

- L. KRAUSE, Chester, y MISHLER, Clifford: *Standard catalog of World Coins*. Krause Publications. Iola (Wisconsin), 1989.
- DAVIES, Glyn: *A History of money from ancient times to the present day*. University of Wales Press. Cardiff, 2002.
- PARDO SAN GIL, Juan: *Crónica de la Guerra en el Cantábrico: las fuerzas navales republicanas (1936-1939)*. Editorial Txertoa. San Sebastián, 2004.
- FERIA, Rafael: *Historia del dinero*. Lunwerg Editores y Fábrica Nacional de Moneda y Timbre. Madrid, 1999.
- VV. AA.: *Crónica del Mundo*. Plaza & Janes Editores SA. Barcelona, 1987.